

otros países mediterráneos. Muchas civilizaciones adoraron al dios toro, pero sólo la nuestra siguió, además, toreándolo. Nuestro arte rupestre, datado del IV al I milenio antes de Cristo, nos muestra variados juegos del hombre con el Toro. En el Valosandero soriano se ilustra la tauromaquia prehistórica: un hombre aguanta la embestida de un toro, lo coge por los cuernos y lo torea con algo parecido a una muleta. También en Soria, en la vieja Termancia en la que aún se conserva un graderío excavado en roca viva, circundando una arena de lidia y tienda donde, sin duda alguna, tuvo lugar el ritual antiguo de una incipiente tauromaquia. Es pues aventurado aseverar que el rito provino de Creta, de sus fiestas minóicas a nuestras raíces; más bien conviene sostener, hasta que se pueda producir una definitiva demostración en contrario, que fue de España hacia el Egeo desde donde se produjo esa transmisión cultural del juego taúrico. Los vestigios del culto al Toro son, al menos tan significativos en uno y otro lado del Mediterráneo, estando el Toro presente en nuestra civilización desde que esta se fija de manera estable en nuestra península, teoría que algún otro comparte con nosotros.

Los momentos en los que la caza, la lucha y la lidia se separan, son difícilmente determinables. Pero sí es posible referenciar la relación popular con el toro desde tiempos lejanos y cómo esa relación ha sido aplicada a muy diversos objetivos: ofrendas como rogativas para lograr buenas cosechas; para alcanzar la fertilidad de la mujer; aumentar la virilidad del hombre; para incrementar su fortaleza; gozar al festejar nacimientos, bodas, conquistas, viajes... Cómo se fue transformando la liturgia de los juegos con el Toro hasta llegar a nuestra actual corrida, merece un estudio profundo y docto, que no es el motivo principal de este trabajo. Sí lo es constatar que el juego con el Toro nace del pueblo y en él permanece siempre, si bien existen épocas en las que, como en el primer milenio de nuestra era, apenas hay referencias que lo atestigüen. La civilización romana, que nos abrigó durante los primeros siglos de nuestra era, y aún 200 años antes, contaba entre sus diversiones los juegos y combates con fieras en los circos; es de presumir que, ante la carencia en nuestra península de otros animales más ofensivos, aquellos antecesores nuestros utilizarían también toros para la lucha o el juego, como bien aclara Vargas Ponce en su magnífica *“Disertación sobre las Corridas de Toros”*, obra que, si bien está argumentada para la más severa crítica de la corrida, supone el estudio más serio de los que se hicieron en su época (y en casi todas) sobre la génesis de nuestra Fiesta. Las alusiones a las *“Etimologías”* de San Isidoro de Sevilla, en las que algunos han creído leer que en aquellos tiempos (siglos VI y VII) se condenaba a los jóvenes por torear toros

para envanecerse delante de las mujeres, no tienen fundamento; léidas las *“Etimologías”*, no apreciamos nada que nos indique alguna relación con juegos táuricos; aparece, sí, una crítica a los que se juegan la vida ante las fieras del circo, pero no se dice nada de “toros”, y cuando buscamos en el tratado de San Isidoro las referencias a las variadas especies animales que poblaban nuestra península ibérica, se nos definen los diversos bóvidos, bueyes, toros, novillos, vacas, etc., como animales domésticos, no aludiendo a ellos como fieras o reses de lidia; sin embargo sí trata al *búfalo* y al *uro* (germano) como animales salvajes, y tampoco alude a ellos como participantes en juegos o circos. Tertuliano (vivió del año 160 al 240 de nuestra era), en su obra, *“De los espectáculos”*, dice: *“Últimamente añadieron las fieras, con las cuales peleaban algunos hombres; se hacían los espectáculos que llamaban cazas. Por esta causa, los juegos taurios, de los cuales hemos tratado, se hacían antiguamente en el Circo Flamínio, como lo dice Marco Varrón en el libro IV “De la lengua latina”, y los mismos eran dedicados a los dioses infernales”*.

Como resumen apresurado, parece aconsejable distanciar a nuestra península de las comparaciones con los juegos que otras civilizaciones tuvieron con el Toro; y aseverar que en ella, tras el culto y la caza sobrevinieron ciertos juegos que la expresión popular desarrolló con un toro que se buscaba cada vez más fiero; que del caballo, como elemento importante de las actividades agrícolas, ganaderas, de caza o guerreras, se sirvieron nuestros ancestros para realizar sus ejercicios de acoso y lidia; es cierto que luego hubo una época en la que el Caballero usurpó al pueblo parte del protagonismo de los juegos de éste con el Toro, y que se sirvió de ellos para proclamar su poder, su destreza y su pleitesía al Rey. Los caballeros alancean toros con destreza propia de los hombres acostumbrados a la guerra, y se sirven de los juegos que realiza el pueblo con los toros y los adecuan a sus potentes monturas y a sus afiladas lanzas. El torero de a pie, entonces apenas está al servicio y protección del caballero, y el juego del toro y el hombre se va transformando; incluso aparecen reglas que ordenan su desarrollo. Al cabo del tiempo, las gestas de los hombres de guerra van desapareciendo y éstos, viendo que cambian las apetencias reales y sus propios hábitos, van abandonando la corrida caballeresca, aquella de la lanza, el caballo y el toro, cuyo fin principal era dar muerte al astado de manera efectiva, rápida y certera, sin riesgos y luciendo valor y limpieza.

Mientras, la plebe ha continuado disfrutando de sus juegos con el toro, si bien apenas se transmiten noticias sobre ellos. Casi nada se dice de nuestro toreo a lo

otros países mediterráneos. Muchas civilizaciones adoraron al dios toro, pero sólo la nuestra siguió, además, toreándolo. Nuestro arte rupestre, datado del IV al I milenio antes de Cristo, nos muestra variados juegos del hombre con el Toro. En el Valosandero soriano se ilustra la tauromaquia prehistórica: un hombre aguanta la embestida de un toro, lo coge por los cuernos y lo torea con algo parecido a una muleta. También en Soria, en la vieja Termancia en la que aún se conserva un graderío excavado en roca viva, circundando una arena de lidia y tienda donde, sin duda alguna, tuvo lugar el ritual antiguo de una incipiente tauromaquia. Es pues aventurado aseverar que el rito provino de Creta, de sus fiestas minóicas a nuestras raíces; más bien conviene sostener, hasta que se pueda producir una definitiva demostración en contrario, que fue de España hacia el Egeo desde donde se produjo esa transmisión cultural del juego taúrico. Los vestigios del culto al Toro son, al menos tan significativos en uno y otro lado del Mediterráneo, estando el Toro presente en nuestra civilización desde que esta se fija de manera estable en nuestra península, teoría que algún otro comparte con nosotros.

Los momentos en los que la caza, la lucha y la lidia se separan, son difícilmente determinables. Pero sí es posible referenciar la relación popular con el toro desde tiempos lejanos y cómo esa relación ha sido aplicada a muy diversos objetivos: ofrendas como rogativas para lograr buenas cosechas; para alcanzar la fertilidad de la mujer; aumentar la virilidad del hombre; para incrementar su fortaleza; gozar al festejar nacimientos, bodas, conquistas, viajes... Cómo se fue transformando la liturgia de los juegos con el Toro hasta llegar a nuestra actual corrida, merece un estudio profundo y docto, que no es el motivo principal de este trabajo. Sí lo es constatar que el juego con el Toro nace del pueblo y en él permanece siempre, si bien existen épocas en las que, como en el primer milenio de nuestra era, apenas hay referencias que lo atestigüen. La civilización romana, que nos abrigó durante los primeros siglos de nuestra era, y aún 200 años antes, contaba entre sus diversiones los juegos y combates con fieras en los circos; es de presumir que, ante la carencia en nuestra península de otros animales más ofensivos, aquellos antecesores nuestros utilizarían también toros para la lucha o el juego, como bien aclara Vargas Ponce en su magnífica *“Disertación sobre las Corridas de Toros”*, obra que, si bien está argumentada para la más severa crítica de la corrida, supone el estudio más serio de los que se hicieron en su época (y en casi todas) sobre la génesis de nuestra Fiesta. Las alusiones a las *“Etimologías”* de San Isidoro de Sevilla, en las que algunos han creído leer que en aquellos tiempos (siglos VI y VII) se condenaba a los jóvenes por torear toros